

www.elboomeran.com

Andrés Rivera

EL AMIGO DE BAUDELAIRE

colección **las eras imaginarias**

© Andrés Rivera, 1991

© Veintisiete Letras, S.L.
Miguel Yuste, 29, portal B, S-31
28037 Madrid
info@veintisietelettras.com
www.veintisietelettras.com

Primera edición: mayo de 2011

Diseño de cubierta: David Sueiro

ISBN: 978-84-92720-16-3
Depósito legal: M-18249-2011
Impresión y encuadernación: Estugraf Impresores

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente sin el previo consentimiento escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

... pero el premio se lo llevaban los argentinos. Su industria de la carne congelada tomaba, gracias a la proliferación de los nuevos contingentes movilizados, las proporciones de una fuerza de la naturaleza. ¡Bien que se aprovechó la pequeña Musyne de esos días mercantiles!

E hizo bien, los argentinos ya no existen.

L.-F. CÉLINE, *Viaje al fin de la noche*

Permítame que le cuente sobre los que son ricos, muy ricos.

F. SCOTT FITZGERALD, *Niño bien*

Apenas si es un drama burgués...

P. NIZAN, *La conspiración*

Un hombre, cuando escribe para que lo lean otros hombres, miente. Yo, que escribo para mí, no me oculto la verdad. Digo: no temo descubrir, ante mí, lo que oculto a los demás.

Me atengo a una sola ley: no hay comercio entre lo que escribo y yo. Nadie vende, nadie miente. Nadie compra, nadie es engañado.

No afronto, tampoco, y no voy a olvidarlo, el miedo que devasta, frente a la hoja en blanco, al que escribe para los otros. No corro el riesgo de que alguien me reproche mis faltas de buen gusto y mis atentados, si los hay, a la ortodoxia de la prosa castellana. Ni que me asalte el anhelo (dicen que es irreprimible) de sustituir a Dios, que suele terminar en una *boutade* tan torpe y patética y expiatoria como la que se le escuchó a M. Flaubert cuando le preguntaron quién era Mme. Bovary.

¿Escribo lo que temo olvidar? Sí.

¿Temo descubrir, ante mí, lo que oculto a los demás? Sí.

¿Escribo lo que deseo olvidar? Sí.

Para que pueda creer en lo que escribo: no al énfasis, no al asombro.

A los veinticinco años, en París, me recibí de abogado. Y a los treinta y ocho, cené con Charles Baudelaire.

Él, a su manera abrupta, me preguntó: *Usted, ¿qué hace, además de ser argentino?* Miré al bueno de Baudelaire, vestido de negro, y le sonreí. Era agosto, y yo era joven, y hacía calor en París, pero una brisa fresca venía del Sena, y se estaba bien en el café. Alcé mi copa, y él la suya, y las vaciamos, y le contesté, sin titubear, por encima de las velas, en un francés que, ahora, me envidio: *Gasto el dinero de mi padre. Y cuando extraño a la patria, cuando supongo que sus todavía escasos e incomparables mitos flaquean en mi memoria, lo leo, amigo mío.* Baudelaire me miró, y levantó su copa

vacía, y me saludó, halagado, creo. Dije lo que dije esa noche, porque era joven, sano y bello y seductor, en opinión de algunas damas a las que les aseguré un mes, no más de un mes, de discreto pasar. Y estaba persuadido, cuando me miraba en el espejo, desnudo, de que era inmortal.

Los ojos de Baudelaire, pequeños y oscuros, se fijaron en algún lugar más allá de mí, y su voz, que fue, esa noche, toda esa noche, un murmullo, adquirió esa calidez áspera y clara con la que suele cautivar a sus oyentes: *El fiscal Pinard dijo de mí que soy un temperamento inquieto y algo desequilibrado. ¿No le da usted razón? Dijo que cuando se publicó Las Flores del Mal —mil trescientos ejemplares, señor mío, apenas malditos mil trescientos ejemplares, a tres francos el maldito ejemplar, en un maldito mes de junio—, los burgueses demoraron en escandalizarse. No quedaba ninguno de ellos en París. En París, en ese maldito mes de junio quedaron los pobres, los policías y los alcahuetes de los policías, y yo, y mi maldito libro. Ni las putas quedaron. Dijo que las palabras con las que Roma estigmatiza las herejías del cuerpo, afluyeron a los labios de las bellas almas: pecado, lujuria, vicio, sodomía. Pero lo que no me perdona la Francia burguesa es que haya gastado treinta y cinco mil francos en un mes. La Francia burguesa detesta, aún, el despilfarro. Se lo permite a sus príncipes, a sus banqueros, a sus propietarios rurales. Pero les exige,*

a cambio, asilos para huérfanos y viejos, hospitales para las colonias, cárceles. A un poeta, ¿qué es lo que puede exigirle?

Baudelaire calló, negra la cara contra el traje negro, contra la titilante luz de las velas. Llené nuestras copas, y esperé hasta que la respiración del bueno de Charles se normalizó, hasta que el alcohol suavizó las líneas crispadas de su mandíbula, y aflojó la rigidez de los dedos de sus manos, y el envaramiento de su cuerpo, esa cosa chúcara y enjuta y, entonces, le dije, sin dejar de sonreír, que le escuché, no recordaba cuándo, algo así como una sentencia: si un poeta exigiera del Estado el derecho de tener algunos burgueses en su cuadra, provocaría estupor e indignación. A su vez, si un burgués solicitara, digamos, asado de poeta, se encontraría el pedido perfectamente natural.

Baudelaire me miró, y su cara no fue negra contra la luz de las velas, y yo volví a llenar las copas, y tomé un trago, y otro, y el segundo trago me calentó la boca, pero no la sonrisa, y murmuré: *Yo soy un burgués. Argentino y porteño, M. Baudelaire.*

Pagué la cena. A veces, soy, también, Saúl Bedoya.

Compro tierras al norte del Salado. Vendo, a buen precio, una zafra de lana a la firma Jules Dasurmont e Hijos.

Me gusta el olor a campo, Charles. Contemplo, durante largos, largos minutos, montado a caballo, miles de ovejas como un mar gris, inmóvil. O cuya ondulación es casi imperceptible si me golpeo la boca con la mano, y grito, y después huelo ese aire que usted no conoce, y una carne que se asa, enastada en un fierro, en una pampa sin rincones.

¿Sabe, Charles, cuál es el verdadero olor de la pampa? Yo, sí: el del dinero.

Tout pour moi devient Allégorie, dijo mi buen y dulce e incomprendido Charles, que escribió para que otros leyeran.

Cobro más de treinta y tres mil pesos oro por diez mil ovejas, doscientos cincuenta carneros, trescientas ochenta ovejas finas y doce carneros.

El general Lucio V. Mansilla supo escribir que el gaucho desaparecería por efectos de la libertad, el progreso, la inmigración y una larga y lenta palingsesia.

Mi padre fue un gaucho. Y tan bueno como el mejor de su tiempo. La diferencia entre mi padre y los gauchos refugiados en las tolderías indias, o condenados a servir en los fortines de frontera, o despedazados en los estúpidos y crueles e inútiles levantamientos del caudillaje, o enrolados para la guerra contra el Paraguay, consistió en un hecho simple e histórico, si se quiere: mi padre heredó campos, vacas que se reproducían por la gracia de Dios y algunos toros vigorosos. Y, con los campos y las vacas, mujeres, hombres y perros que lo servían, una casa grande y sucia en la que ofició de padrillo y, con los años, de patriarca fatigado y vicioso. Eso y la amistad del brigadier Juan Manuel de Rosas, y el mate, el puchero, el asado gordo, alcanzaron para que viviera sin temor al desamparo, a la prepotencia de la policía y del juez de turno. Dicho esto, digo: el señor Domingo Faustino Sarmiento detesta los devaneos filosóficos del general Mansilla.

El señor Domingo Faustino Sarmiento es un admirador incondicional de la democracia norteamericana, y desea implantarla en estos pagos afligidos por la indolencia española.

El señor Domingo Faustino Sarmiento se arroga el deber (y aun el derecho) de matar gauchos, para que su deseo se cumpla.

El señor Domingo Faustino Sarmiento no conoce la lírica. Y los Estados Unidos, tampoco.

¿Y yo? Yo conocí París. Y a Charles, su *flâneur*.

Compro tierras en Cañuelas.

Reviso el último balance de la estancia que compré en Ranchos: trece mil quinientos pesos oro de ganancia, deducidos impuestos, sueldos, gastos de mantenimiento, etc.

¿Qué podía hacer un abogado de cuarenta y seis años que vendió las tierras, las vacas, los toros, los hombres, las mujeres y los perros y la inmundada tapera en la que su padre vivió en ominosa concupiscencia, y murió, sometido a las injurias de la vejez, en una ciudad que exhibía, crudas, las cicatrices de la guerra civil y de la invasión al Paraguay, y que hablaba, desganada, de muertos y mutilados en esa guerra civil y de la invasión al Paraguay, como si la mención de esas cicatrices la infamase? ¿Qué podía hacer un abogado en una

ciudad que se mira en los brillos y los lujos de los que fundan imperios? ¿Qué, entre la descomposición de los muertos y el hedor de los lisiados?

Enriquecerse.

¿Solo eso?

¿Y para soportarse a sí mismo, aquí, en Buenos Aires, la opulenta, la hipócrita, la miserable?

En Buenos Aires, quien nace sabe: a) Si tiene dinero, puede comprar sacerdotes, jueces, abogados y comisarios, sin contar el cielo y el infierno. b) Si no tiene dinero, es carne de calabozo. Buenos Aires no enseña, no da lecciones a nadie.

¿Cuándo fue la última vez que me asomé a estos papeles? ¿Qué importa? No releo lo que escribí: sé que me repito. Porque los ricos, como los buenos novelistas, escriben sobre un solo tema: la riqueza.

Lo dicho: en este país, quien posee dinero, vacas y tierra, muchas vacas, mucha tierra, mucho dinero, lo

tiene todo. Hasta púberes, si uno es más perverso de lo que los otros imaginan.

En París, también tuve mucho dinero.

Anoche, a caballo, llegué hasta La Blanqueada. Ocupé una habitación, si lo que ocupé merece el nombre de habitación. El dueño, Mohamed, un turco abyecto que me debe algunos favores, dijo: *Esta casa es suya, doctor*. Y yo, como un reloj que, a cada hora, da la hora, le advertí: *No lo olvide, Mohamed: nunca pasé por aquí. Y adecente esta pieza, por Dios*. El turco agachó la cabeza, cuchicheó algo para sí, y me evitó su sonrisa zalamera.

Me envió una rubia, rusa o búlgara, a quien llamaban Masha. Hizo, muda, lo que le pedí. Su lengua es de azúcar. Pagué para que Masha no atienda a nadie más que a mí.

El país crece: yo compro oro.

Me nombran juez.

Compré a Masha. Pagué, por ella, menos de lo que vale un novillo.

Causas, procesos en el juzgado. Ayala, Garay, Mendoza, Pizarro. Los hijos flacos de Sancho. Pobres de toda pobreza. Chambones.

Pero existe una raza de pleiteros hijos de puta, que emergió de los subsuelos de la sociedad, y que se volvió rica en mucho menos tiempo que el que demandó ganar la independencia de España. O masacrar a los chachistas. Y que es petulante y untuosa. Son torpes, groseros y avaros: los buenos modales se aprenden rápido. Macbeth no es más frecuente que Shylock.

¿Cómo me veo? Me veo alto, delgado, elegante, sin panza. No soy, ya, el joven que celebró su título de abogado con una fiesta de disfraz. No soy, siquiera, el creyente en su propia inmortalidad, que cenó, a orillas del Sena, con un desconocido que dijo ser poeta, y que dijo que se llamaba, para siempre, Charles Baudelaire.

Sólo los imbéciles son jóvenes en este país.